

VI

Despertó de su desvanecimiento cuando ya los rayos del sol iluminaban de plano la tierra.

Una nueva sorpresa le reservaba su mala suerte. Se encontró en la adusta soledad de un camino accidentado y escabroso, a orillas de una vieja fuente de piedra, cuyo caño, carcomido por la herrumbre y cubierto de polvorosas telarañas, parecía muerto hace muchos siglos a las fecundas y fugitivas caricias del agua.

Unos pobres álamos raquíticos, casi esqueléticos, deshojábanse de sed en torno suyo; y la hierba del suelo tenía ese tinte de miseria y de abandono que distingue a los rastrojos en los áridos secanales, color de lepra, de esterilidad y de fiebre

¿Había sido todo una de las mil abominables pesadillas que solían asaltar su corazón después de una dolorosa vigilia de espantosos remordimientos?

¿En qué lugar maldito de expiación se había despertado? ¿Dormía aún y todo continuaba siendo un sueño?

Tendió los ojos, para orientarse, por el amplio y magnífico paisaje que a sus pies se extendía, y un largo y hondo suspiro de satisfacción hinchó de nuevo su pecho.

A lo lejos, en el fondo paradisiaco de un valle primaveral, entre molinos y granjas rodeados de huertos y jardines maravillosos, serpenteaba, mansa y suavemente, el azul claro y cristalino de un río ancho y caudaloso.

En los remansos, dorados de sol, se reflejaba la fertilidad exuberante de las floridas y frondosas riberas, bajo la claridad celeste de los altos cielos serenos.

Una sonrisa de beatitud se aterciopeló en sus labios, duramente contraídos por el desencanto, y haciendo memoria de todo cuanto le aconteciera el día anterior, y recordando las piadosas y consoladoras palabras del Santo Ermitaño, sintió su corazón

abrirse de nuevo a la esperanza, y disiparse, como los vapores de un mal vino después de un sueño profundo y largo, los temores y las pesadillas que empañaban su fe.

—¡Bendita sea la luz del Señor, que deshace las tinieblas y nos señala el verdadero camino!— exclamó, postrándose de hinojos y besando fervorosamente la tierra.

Y después, como atraído por la fascinación del lejano panorama del río, empezó a descender al valle, en una desenfundada carrera, como si a la vista de las aguas se hubiese encendido más, en lo más profundo de sus entrañas, la hoguera voraz de su sed insaciable.

Corría con agilidades impropias de las fatigas de tantos años, espantando en su carrera a los verdes e irisados lagartos que tomaban perezosamente el sol entre las ásperas lajas donde tienen sus nidos.

Las aves del cielo volaban también, a su presencia, con esos largos y oblicuos vuelos de las palomas azoradas cuando sienten cernerse en los aires las alas del alcón.

Su manto de púrpura, franjeado de armiño, se desgarraba a jirones en los cactus agudos y punzantes

como moharras de lanzas y entre la aspereza espino-
sa y adusta de las zarzas y los majoleteros floridos.

Las plumas de su airón se estremecían a los vientos, desprendiéndose rotas del rico joyel de oro que las abarcaba entre sus broches de pedrería, como raras y sangrientas palomas.

Sudaba bajo el férreo agobio del arnés, saltando zanjás, bordeando precipios, abriéndose paso entre las espesas jaras del monte y el intrincado laberinto de la selva.

En un claro del bosque se detuvo un intante, jadeando de fatiga, casi extenuado.

Arrancóse, en un esfuerzo desesperado, el hebillaje de la coracina, y arrojóla, en unión del capacete, entre unos matorrales.

Una blanca bandada de palomas huyó asustada, ensombreciendo por unos instantes la refulgente claridad del cielo.

El castellano prosiguió con más ahinco su carrera, hasta que sus plantas se hundieron en las húmedas arenas de las orillas del río, haciendo saltar al agua a las amodorradas tortugas que se bañaban en la luz gloriosa del mediodía estival.

Y allí se detuvo, perplejo, asustado, al contemplar

por vez primera en el espejo de la corriente, su figura miserable, donde la edad y las penalidades habían puesto su trágica máscara, desfigurando su rostro con arrugas tan profundas, que parecían surcos, empañando el fulgor de su mirada con sombras de espectrales apariciones, y haciendo emblanquecer sus luen-
gas barbas y sus cabellos enmarañados.

Agujoneado por la sed horrible de su espíritu, se inclinó sobre la corriente, dobló las rodillas y tendió el vaso...

Mas de súbito, como arrebatada el viento, en las frágiles inconsciencias de un sueño, los maravillosos paisajes y los encantados alcázares que constituían nuestro éxtasis, desapareció todo lo que le rodeaba, y se encontró tendido en el cauce pedregoso y extéril de una barranca desolada.

Y sin embargo, claros y sutiles rumores de agua parecían subir de profundidades ocultas hasta sus oídos atentos, como si alguna surgiente invisible fuera a romper la dura y última costra del granito que la aprisionaba, para resucitar al arenal que se pudría de sed bajo la modorra solar.

Pero la fuente no surgía: el misterioso alumbramiento quedó de nuevo detenido y encarcelado, hir-

viendo de ansiedad por desbordarse, entre las durezas irreductibles de las rocas de no sabía qué lejanas montañas, o quizás en el fondo aún opaco y granítico de su propia alma.

Y otra vez le sorprendió la noche, desfallecido de cansancio y desesperación; dormido sobre la esterilidad eterna de los arenales, apretando contra su corazón irredento, como la única reliquia de su esperanza, el vaso sagrado, en cuyos bordes el Santo Ermitaño había esculpido toscamente los misterios y los milagros de fe de aquel dulce Rabí de Galilea que había amparado a la adúltera, resucitado a Lázaro y redimido, con su perdón y sus palabras, a la hermosa e infatigable pecadora de Magdala...

VII

El viejo y altivo castellano caminó muchos días buscando, en vano, la salvadora purificación del agua.

A su paso, se secaban las fuentes, cegábanse las cisternas, los ríos se hundían de pronto, como por arte de encantamiento, entre las arenas de los cauces, y hasta el rocío negaba a los cálices de las flores su frescura renovadora y fecunda...

Sus pies sangraban sobre el terruño desbastado, como si anduviese sobre carbones encendidos. Y sus labios y su alma, su vida entera, parecían retorcerse y chirrear entre las voraces llamas de un incendio inextinguible.

Se había extraviado en un seco y amarillento erial, donde sólo alguna higuera raquítica y empolvada

mostraba al sol, como sus llagas los mendigos, la miseria de sus verdores de leprosa...

Sólo se oía la somnolienta y alucinante vibración de la cigarra.

De pronto, cuando era más abrumante su fatiga, sus ojos contemplaron a lo lejos, bajo el incendio del sol, la bella silueta de una esbelta mujer, que con el ánfora de barro sobre el hombro, como en los viejos retablos bíblicos, regresaba cantando de la cisterna.

La gentileza de su figura, el ritmo de su paso y la suavidad oriental de sus facciones, evocaban a aquella gentil y generosa Samaritana que, en una hora de sed semejante y en un arenal parecido, ofreciera a los labios abrasados del Nazareno, la frescura de su cántaro, a la sombra de las palmeras y de los tamarindos, junto al brocal de la cisterna...

La gentil doncella continuaba avanzando.

Cantaba una canción ingénua y suave... Y su voz y sus cantos tenían dulzuras de panal y rumores de agua corriente...

El castellano la detuvo con un gesto de súplica.

—¡Santa y bella mujer, por el amor de Dios, dame un poco de agua de tu ánfora, la suficiente para llenar este tosco vaso de madera!

¡Vengo muerto de sed y de fatiga, y si tú no me socorres, caeré desfallecido en estos arenales, para servir de pasto a las águilas que se ciernen en el azul y a los chacales famélicos que aullan en las montañas vecinas!

La doncella apoyó el ánfora en el seno, y en un gesto de invitación, inclinando hacia adelante las arrogancias de su busto, ofreció, como un labio humano que se entrega al beso, la boca de su cántaro al vaso del castellano...

Pero el milagro del agua no se hizo...

El ánfora estaba vacía...

La doncella le miró aterrorizada, y como si hubiese tropezado con ese genio infernal que ronda alrededor de las cisternas, para saciar la sed de sus apetitos en la sangre de las inocentes zagalas que van a llenar en ellas sus vasijas de barro, hizo tres veces la señal de la cruz, y huyó, dejando caer al suelo su cántaro...

El anciano se desplomó exánime, sobre las arenas, agotadas sus fuerzas, y sintiendo ya en sus miembros secos pasar, como un brusco escalofrío, la sombra fugitiva de la muerte...

—¡Señor, no me abandones! ¡No me dejes morir

así, despojado de tu gracia y condenado al eterno fuego del infierno!—suspiró en un esfuerzo desesperado y supremo de agonía...

Toda su pobre alma desfallecía en la terrible angustia de sus palabras...

Y sintió algo así como si unos brazos invisibles le sostuvieran, levantándole del suelo...

Y sus ojos se abrieron de nuevo a la esperanza, al contemplar entre un rasgón de la niebla la inmensidad azul y rutilante del mar cercano, que le ofrecía, convertida en oro por los rayos del sol, la eternidad inagotable de sus ondas sonoras...

Y la corriente de agua interior, vencida por fin la dureza granítica de la última costra que la encarcelaba, parecía ya próxima a estallar y desbordarse por su alma, para purificarle de toda mancha y absolverle de toda culpa.

VIII

Y comenzó a caminar por las arenas, en busca de aquel mar que se abría a su desfallecida esperanza como un maravilloso ensueño de redención.

El rumor polifónico de las olas tenía para sus oídos un encanto irresistible y fascinante, como si resucitase en él todo el antiguo y mágico prestigio del eterno mito de las sirenas.

Oía divinas músicas en el viento; tañidos de laúdes y suaves orquestaciones de arpas de cristal y oro, que subyugaban sus sentidos, despertando en ellos percepciones desconocidas, anhelos jamás imaginados e imprevistas embriagueces...

Algo inefable se iba abriendo en el fondo de su corazón, como una flor de maravilla que surge en la

hendidura de dos rocas sobre el abandono de una tumba olvidada.

Y sus pasos se hacían cada vez más ligeros, dejando sobre las arenas regueros de sangre...

¿Mas qué importaba la sangre y el cansancio y las heridas, y todos aquellos dolores que se agudizaban en las miserias de su carne, ante la suprema serenidad, ante el deliquio inefable, ante la seráfica beatitud en que se iba arrojando su espíritu?

Ya aspiraba la fresca caricia de las olas en las brisas salobres... Ya salpicaban sus pies desnudos las blancas espumas...

Pero el mar retrocedía, como huyendo de la profanación de sus plantas...

Y el viejo castellano, exhausto, rendido, jadeante y sudoroso, corría tras el oleaje sin que jamás lograra alcanzarle.

Hubo un momento en que no pudo más.

Sus rodillas se doblaron, sus ojos se tendieron al cielo, y de sus labios lívidos y secos se escapó aquella queja desconsolada que la angustia del Hijo de Dios elevó a su Santo Padre, al morir en la cruz para redimir los pecados de los hombres:

—Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?

La corriente, por fin, rompió su última clausura.

Una frescura súbita ascendió de lo más profundo de su corazón, inundándole todo, hasta llegar a sus ojos y deshacerse en sus pestañas...

Una lágrima, la primera lágrima de su vida, surcó sus mejillas, y fué a caer en el fondo del tosco vaso de madera...

Y el vaso se desbordó de un agua clara y dorada que, al derramarse sobre los secos arenales, les hizo florecer en una primavera de rosas de milagro, mientras los ángeles y los serafines, en la apoteosis gloriosa del cielo, agitando sus turribulos y tañendo sus arpas de oro, clamaban en un coro de melodías infinitas las más bellas é inmortales palabras de redención:

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE JOSÉ YAGÜES SANZ
EL DÍA XXVI DE FEBRERO
DE MCMXVII

CABRERA ALVARADO
BIBLIOTECA JURISPRUDENCIAL
U. A. M. L.

PQ6641
.I6
J6

1020146712
FRC

AUTOR

VILLAESPESA, Francisco

TITULO

Las joyas de Margarita

FECHA DE
VENCIMIENTO

NOMBRE DEL LECTOR

C.B. 1020146712



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

 Educación
PORQUE LA VIDA

